

Aproximación a una reconstrucción imposible

Por primera vez en sus cuarenta y dos años de existencia, Revista Apuntes dedica un número completo a un solo creador. Es que Andrés Pérez es un artista de tal trascendencia en el teatro chileno, latinoamericano y mundial, que su temprana y repentina muerte convocó al Comité Editorial de la Revista y a decenas de creadores, agentes culturales e investigadores de Chile y de otras latitudes, a elaborar un testimonio y una mirada crítica sobre su obra.

Andrés Pérez Araya es uno de los más grandes hombres de teatro proyectado al mundo desde Chile. Encantador de multitudes con su imaginario colorido e irreverente, condensó en sus espectáculos lo esencial de la idiosincrasia de un pueblo, de una época, de un personaje. De extraordinaria versatilidad, fue autor, actor, director teatral, bailarín, coreógrafo, regisseur de ópera. Inauguró en Chile nuevas formas de teatro callejero, de teatro-circo, de teatro de sala, de performances. Y sobre todo, fue un maestro que irradió su particular propuesta ético-estética a sucesivas generaciones.

Incansable gestor, contagió con sus sueños y energía a grandes artistas y a colaboradores anónimos que lo apoyaron y aún hoy trabajan bajo su inspiración. No tuvo igual suerte como administrador y con los círculos oficiales, desgastándose una y otra vez para financiar centros culturales abiertos a la comunidad. Cómo no evocar en él a Violeta Parra, también atravesada por el dolor de la lucha infructuosa por ganar un espacio de arte para su público.

Andrés se nutrió de la cultura de su pueblo y de la del universo, quebrando fronteras geográficas, del oficio, de la mente, del cuerpo. Desde una identidad chilena y latinoamericana profunda, hizo suyas y revisó críticamente todas las vertientes teatrales, fascinándose con las populares de Chile –el teatro de calle, el circo, el cabaret–, antiguas del Oriente –Khathakali, teatro Noh–, con las ancestrales tradiciones indoamericanas –el Popol Vuh–, absorbiendo la herencia del Théâtre du Soleil de Francia y deteniéndose en el genio de Shakespeare, hasta abarcar el teatro más radical en su crítica al sinsentido de la modernidad, el de Beckett y Mishima.

Como actor, encarnó a grandes luchadores por la libertad de sus pueblos: Gandhi, Lautaro. Como director, su desafío fue abordar textos que lo llevaran, como me dijo alguna vez, a *ese desconocido lugar aún no habitado por mí... que pondrá a prueba lo sabido y lo no sabido*. Así, las obras de autor chileno que escenificó fueron inagotables fuentes de descubrimiento: *La Negra Ester* y *El desquite*, ambas de Roberto Parra; *La consagración de la pobreza*, de Alfonso Alcalde; *La pérgola de las flores*, de Isidora Aguirre; *Tomás*, de Malucha Pinto y *Nemesio Pelao*, de Cristián Soto.

Como autor, reconstruyó valientemente, con su grupo, ese tiempo álgido y conflictivo de nuestro país en Allende, época 70, y el subjetivo de su propia vida, marcada por la marginalidad, por su opción política y sexual diferente, en esa dramática confesión y testamento artístico que fue *La huída*.

La fuerza rotunda de su legado está, así, en su indisoluble vivencia del teatro como arte, como cultura y como vida. Sus compañías Teatro Callejero y Gran Circo Teatro fueron comunidades donde se compartía lo cotidiano. Para él, teatro y fiesta fueron sinónimos de rito, de concelebración participante. Construyó sus espectáculos pensando en el público, en esos millones de hombres, mujeres y niños que intuyó estaban ávidos de teatro y que buscó en una incansable itinerancia hasta los más recónditos lugares de nuestro país, de América y el mundo.

Cuarenta y dos directores, actores, dramaturgos, músicos, gestores culturales, bailarines, investigadores, críticos realizan aquí esa reconstrucción imposible del perfil y legado artístico y humano de Andrés Pérez. Algunos aportes provienen de América y Europa, atestiguando el impacto de su proyección internacional. En Chile, abarca las distintas generaciones, desde sus maestros, sus compañeros de escuela y sus discípulos, hasta los más jóvenes que trabajaron a su lado.

Fue difícil convencer a muchos que pusieran por escrito su experiencia profesional con Andrés. La cercanía de su muerte cargaba de emotividad esa reconstrucción, que les pedí, fuera también crítica y objetiva. Apelé a la importancia de estampar la memoria, de iniciar desde ya la recuperación de ese patrimonio que él generó y que vive hoy sólo entre quienes capturaron un fragmento de su incansable recorrido por una vida tensada por el teatro. Para mí también fue difícil manejar este material, por el duelo aún no realizado por mi misma, que acompañé cercanamente por más de veinte años su labor.

La mayoría sintió que su mirada era insuficiente, al reconocer en Andrés una versatilidad inabarcable y, también, al optar por una aproximación entre la multiplicidad de experiencias vividas junto a él. Pero al repasar las páginas de esta revista, puedo decir "misión cumplida": de ellas surge un primer cuadro variado y documentado, en el que las más importantes facetas y etapas de la vida de Andrés Pérez fueron abordadas, recomponiendo un rico itinerario de vida y creación.

Muchos colaboraron en este esfuerzo, aportando sus pistas, sus documentos, sus fotografías, sus contactos, a los cuales agradezco. Destaco al fotógrafo Julio Astudillo, así como a Rosa Ramírez, Rodolfo Pulgar, Maya Mora y Aldo Parodi.

Este número especial de Apuntes, entonces, constituye una plataforma sólida en la recuperación y valoración crítica de la obra múltiple de Andrés Pérez. Esperamos, sea un estímulo para que una y otra vez se revise su legado, según las nuevas perspectivas y elementos conceptuales que el devenir y la mirada a su obra vayan generando.

María de la Luz Hurtado
Directora Revista Apuntes